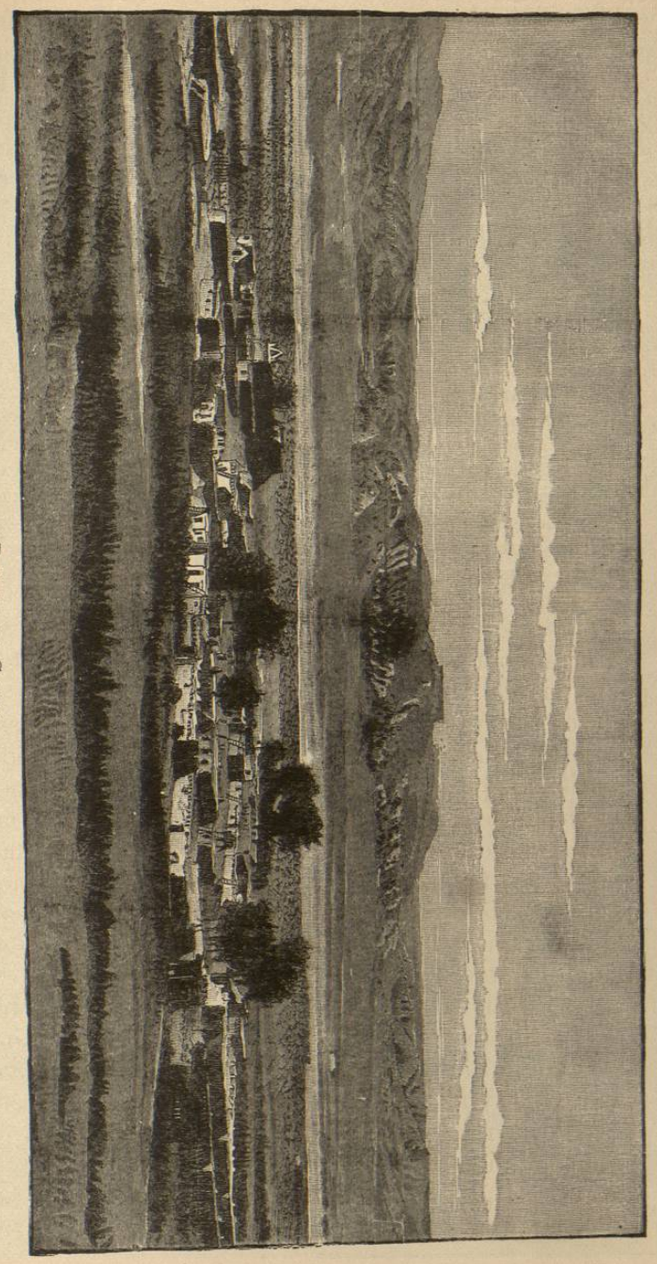
CAPÍTULO IX.

LA SOCIEDAD: LO QUE FUÉ Y LO QUE ES.

La Mesa Central—Soledad del Extenso Interior—Poblaciones Mejicanas—Habitaciones—Estatuas Vivas y Paisages—La Diligencia—Un Tipo de Cochero—El Burro—Haciendas y Sitios de Labranza—La Ciudad de Méjico—Evolucion de una Capital—Vistas—Salubridad y Enfermedades—El Desagüe—Instituciones Caritativas—La Religion—Dias Festivos—Trámites Enojosos del Municipio—Bomberos y Policía—Restaurants—Salteadores de Caminos—Hoteles—Rutina de la Vida—La Tienda de la Esquina—El Cigarro—Dinero—Cortesía—Paseos en Carruaje y á Caballo—Coches de Alquiler y Carros de Tranvía.

Entrando á la República Mejicana por el norte y por la via de Monterey, y bajando la gran mesa, el viajero encuentra extensas áreas cubiertas de hojasen, mezquite, gobernadora, y agrita, estrañando la soledad y sintiendo que algo le falta allá, léjos de las líneas principales del tráfico. Solo viene á romper esa monotonía una que otra manada de ovejas ó de ganado á cargo de un pastor ó vaquero. Es que falta aquí esa misma clase media de que ántes he hablado, que se desparramara por todo el país cubriéndolo con un inmenso número de felices hogares. El terreno es fértil y solo le falta riego para mantener una poblacion numerosa. El viajero camina leguas y leguas atravesando campos silenciosos y desocupados, encontrando aquí y allí una choza ó un grupo de casas de adobe, y á grandes intervalos una hacienda y una poblacion. ¡Siempre es ó la hacienda ó la choza! El dueño de la primera, que poco vive en su propiedad, posee generalmente de cinco á cincuenta, y á veces



Pueblo de Campo.

cuatrocientas leguas cuadradas de terreno; el que ocupa la última viene á ser en realidad siervo del primero, aunque no lo sea legal y literalmente hablando. En derredor de los edificios de adobe ó piedra del hacendado, construidos á manera de fortalezas, se encuentran agrupados los jacales, humildes chozas cubiertas con paja, de los operarios, y á mayor distancia, en las llanuras, los de los cuidadores de los ganados.

Al extranjero todo le parece viejo, excesivamente viejo y sucio. Las poblaciones con sus chozas techadas con paja, casas de adobe cubiertas de teja, y con su iglesia y plaza en el centro, mercado, tienditas, y una pobre posada, son todas por el mismo estilo que en las ciudades de mas pretensiones y en donde se emplea mas piedra en sus construcciones; viéndose una de ellas, puede decirse que se han visto todas.

La cómoda plaza en el centro de la poblacion, con sus calles empedradas que conducen á la fuente del centro, las orillas cubiertas de naranjos, así como las plantas y flores tienen ordinariamente mucho atractivo; realmente, en toda la república la plaza, punto en que se reune el pueblo en las tardes para escuchar la música, poder enamorar y charlar, es una de las fases mas bonitas y singulares de la vida mejicana.

Pocas poblaciones tienen suburbios que rematen en mansiones elegantes ó chozas, sino que terminan repentinamente como si estuvieran circunvaladas por una muralla, que realmente muchas han tenido en épocas anteriores, para resguardarse de las sorpresas de las partidas ó guerrillas de los salvages meroreadores. Los terrenos de los alrededores son en su mayor parte incultos, á veces cubiertos de arena, ó con unos cuantos puntos pobremente cultivados.

En la mayor parte de las ciudades se nota el estilo asiático de arquitectura, predominando tal vez el morisco. Las casas, de gruesas paredes, son generalmente de un solo piso y están cubiertas de teja; pero casi todas las de la clase mas acomodada tienen un patio, con ancho zaguan que de noche se cierra con

Vista Interior de una Casa.

puertas dobles, ventanas protegidas con rejas de hierro y vidrieras, que dan al patio y á la calle, aunque hay tambien muchas casas que carecen de ventanas. Los grandes edificios así como la mayor parte de los otros de mejor clase son por lo regular de dos pisos, con columnas arqueadas, mampostería quizá en la parte baja, y techados con vigas de madera en la parte superior. Los pisos son ordinariamente de ladrillo, y con alfombrado.

En las calles se encuentran aceras angostas de piedra, gastadas comunmente por algunos siglos de uso. Aunque el exterior es sencillo y poco gracioso en lo general, hay en las principales ciudades edificios en cuyo interior se encuentra mucho lujo y un esplendor oriental.

En la tierra caliente las casas de los pobres comunmente son de un solo piso, y están construidas con carrizos ó cañas colocadas perpendicularmente sobre la tierra, y cubiertas con un techo formado de hojas de palma, cerca de la costa, y de alguna yerba gruesa en las serranías. En las mesas centrales se usa mas generalmente el adobe y algunas veces el adobe mezclado con piedra, para las paredes.

El interior de estas chozas mas pobres corresponde á la desnudez de su exterior. A la verdad, si se quiere comprender por qué el consumo de los productos y artefactos de la civilizacion es tan limitado, proporcionalmente, entre los diez millones de habitantes que tiene Méjico, comparado con el que tienen entre los cincuenta millones de los Estados Unidos, no hay mas que entrar á la casa de un mejicano de la clase mas baja, que constituye la mayoría de la poblacion tanto en las ciudades como en el campo, y se verá cuan poco hay allí: un cuarto de diez ó quince piés en cuadro, un agujero en el techo para que salga el humo, si no todo, á lo ménos la parte que casualmente vaya en esa direccion; una puerta de entrada para los ocupantes, el aire, y la luz; sin ventana, ó acaso con una claraboya en la puerta para cuando haga mal tiempo;

ningun otro piso que la tierra desnuda, las paredes sin encalar, y los techos de teja. El mueblaje se reduce á unos cuantos asientos burdos formados de palos amarrados con correas de cuero crudo y cubiertas tambien con pieles sin curtir; raras veces una mesa pequeña, y jamás una armazon de cama. Las camas están arrolladas en un rincon hasta que llega la noche y cuando se desenvuelven, es para descubrir que se reducen á un petate ó á un cuero seco; en cuanto á cobijas ¿no tiene acaso el hombre su sarape y la mujer su rebozo? el quicio de la puerta desempeña bien las funciones de almohada. Cuando hay que hacer la cama en la mañana, la mujer la saca fuera de la casa: allí la golpea con un palo y la sacude para desalojar á los ocupantes intrusos que pueda haber. Unas cuantas tablas fijas en la pared en los rincones contienen toda la loza de la familia y los utensilios de la cocina; las ollas y cazuelas de barro de varios tamaños y formas están amontonadas en derredor del fogon en el que se enciende, cuando se necesita, la lumbre con carbon vegetal ó pedacitos de leña, y allí se guisan los frijoles y las tortillas, teniendo cuidado de apagar prontamente la lumbre porque la leña y el carbon cuestan dinero, y un salario de ocho ó diez pesos al mes no alcanza para tener lujo. Los habitantes de esta casa son el hombre y su mujer, probablemente varias criaturas, unas cuantas gallinas, uno ó dos puerquitos y un surtido de perros. Este es, recuérdese bien, el hogar del jornalero en Méjico, cuya condicion es verdaderamente peor que las de las bestias de carga en algunos países; de la elevacion é ilustracion de sus descendientes depende el porvenir de Méjico.

Mas al sur, ya al llegar á la parte central de la república, se nota que mejoran las tierras y su vegetacion y cultivo. Encuéntranse aquí terrenos tan fértiles y hermosos como en cualquiera parte del mundo, terrenos que llegan á producir hasta tres cosechas al año teniendo riego y cuidado; hay aquí lugares de

caracter excepcional que presentan su propia individualidad de una manera notable; tales son por ejemplo la ciudad de Méjico, Veracruz, Querétaro, Oajaca, Guadalajara, y otros varios, algunos de los cuales deben su orígen á los conventos de misioneros, otros á la voluntad de algun rico propietario, y otros finalmente, al curso del comercio. Se encuentran elegantes casas de campo en los pueblos inmediatos á la capital, pero hay muy pocas parecidas á las que se ven en los Estados Unidos, y que allí son conocidas con los nombres de *Country-seat* ó *Farm-house*.

Á pesar de la monotonía, el observador halla muchas cosas sumamente pintorescas. Las poblaciones y el campo, el pueblo y sus costumbres presentan materia para el estudio. Se encuentra aquí el follaje

PANORAMA MEJICANO.

cargado de botones y de fruta, fragantes flores y parásitas fantásticas, palmeros, naranjos, limoneros, y otros mil frutos de una naturaleza exhuberante. Esto por lo que toca á la tierra caliente, y á las ciudades y poblaciones que se encuentran á poca altura; en la mesa central, se ven colinas y llanuras cubiertas de una vegetacion peculiar.

Se puede recorrer millares de leguas y se encon-

trará siempre el palmero y el cactus, presentando imágenes fantásticas en las laderas y las montañas. Las sierras del sur son grandiosas por sus hermosos y elevados contornos.

En las ciudades llaman la atencion las iglesias, y en las calles las figuras de variadas formas que se ven. Éntrese á cualquiera poblacion y á cualquiera hora del dia ó de la noche, sea en el verano abrasador ó en el frio invierno, y se encontrará en los lugares públicos y en las puertas de las casas figuras envueltas en sarapes y rebozos, quietas y silenciosas, pero siempre graciosas y pintorescas. Se les ve al entrar y salir como si hubieran estado allí desde que Méjico se construyó, y estuvieran aguardando el sonido de la trompeta final. Cuando se viaja en diligencia, los colores de las razas se aproximan, enblanqueciéndose la tez trigueña y oscureciéndose la blanca con el polvo de los caminos. Me he sentado en el pescante con los cocheros, pues que hay dos, el cochero propiamente dicho y el sota; ningun caso hicieron de mi presencia, hasta que unos cuantos reales me sirvieron de presentacion á ellos. Así colocado, pude observar sus movimientos durante tres dias, sin tener otra cosa que hacer que cuidar de no caerme, y de que no se me quemara la cara; llegué á conocerlos bien y á poder contar con los dedos sus rasgos característicos.

El cochero era chaparro, pesaba poco mas de cien libras, y su estatura no pasaba de cinco piés cuatro pulgadas, pero sus músculos eran de acero; vestia un pantalon de lienzo blanco, chaparreras y bota de cuero no curtido, chaqueta blanca, sombrero de palma ancho, y un pañuelo de color alrededor del pescuezo ó de la cintura. Era el sugeto mas endemoniadamente feliz que he visto, y daba rienda suelta á su espíritu de hilaridad, pegando con el látigo á las mulas de los carros que pasaban, y aun á los mismos cocheros. Su voz era, sin embargo, baja y tan suave como la de una mujer, hasta cuando daba sus órdenes al sota y á los caballerangos, de los que habia generalmente como

unos diez. Maldecia á sus mulas de una manera gentil y sonriéndose.

Su mujer lo acompañó por un dia y una noche llevando en sus brazos una criatura. Las noches eran frias, y lo eran particularmente las madragadas. Tanto ella como la criatura llevaban vestidos lijeros de algodon y solamente se cubrian con un rebozo delgado, y miéntras yo tiritaba llevando un sobretodo grueso, ella no dió ninguna señal de tener frio.

El cochero era muy bondadoso con su mujer é hijo; pero esto no impedia que dirigiera sus acostumbradas atenciones de delicadeza á las muchachas que encontraba por el camino.

El sota cochero era un muchacho de diez y seis años, lijero y elástico como un gato, que á cada rato brincaba del pescante para componer las riendas, hacer diligente algun animal olvidadizo, ó llenar su saco de piedras, que usaba sobre los animales cuando se tenia que atravesar un arroyo ó riachuelo; y corriendo y trepándose á la diligencia miéntras esta iba á toda carrera, ó rebotaba sobre el camino pedregoso con tal fuerza, que causaba admiracion ver como podia juntarse tan fuertemente el fierro á la madera, para resistir á tales golpes. Una de las atribuciones del sota era tener provision de cigarros para su superior, encendiéndolos y dando una fumada él mismo, para asegurarse de que estaban en buen órden. Tambien se le permitia tener las riendas de vez en cuando, y entónces veia en sueños los dias en que llegaria á ser cochero. Estos dos individuos tenian que levantarse todos los dias á las tres de la mañana y trabajar frecuentemente hasta las ocho ó diez de la noche, recibiendo uno treinta pesos y el otro quince al mes. Sucede á menudo que el sota no gana mas que ocho ó diez pesos y tiene que comer á veces de ese sueldo. Mis amigos manejaban ocho mulas: dos en la lanza, cuatro contra-guias y las dos guias. Cada uno llevaba su látigo, uno corto y el otro que tenia diez y seis piés de largo, y como una pulgada en la parte mas gruesa.

Cuando el conductor usaba este lo revoleaba en toda su extension, y luego con un movimiento del brazo lo hacia describir una curva y descender con una exactitud inerrable sobre el lomo de la mula ofensora, ó bajo la barriga del animal mas cerca, siendo esto último la hazaña mas difícil de realizarse. Si por fortuna llegaba á pelar la piel de alguna pierna floja, el fiel látigo siempre encontraba despues con exactitud desapiadada esa carne viva.

Daba gusto ver como esta gentil criatura manejaba á los animales broncos al partir de una estacion; las narices de las mulas del tronco van pegadas á la lanza, sus bocas ensangrentadas, sus piernas moviéndose en todas direcciones; las guias y las demás mulas son detenidas por algunos hombres. Á una palabra del cochero, estos hombres sueltan las mulas y se hacen á un lado; estas entónces comienzan á brincar, á patear, y á correr miéntras que el cortante látigo desciende sobre ellas en rápida sucesion, encargándose de las guias el cochero, miéntras que el sota hace manifestaciones muy insinuantes al tronco con el látigo corto que tiene á su disposicion. Consecuentes con sus instintos los animales se rebelan contra la velocidad con que son conducidos, toman un trote mas reposado y agachan las orejas en señal de humilde docilidad. Entónces el sota hace volar por el aire argumentos mas sólidos en la forma de piedras, de que tiene un buen surtido para el efecto. Una mula pateadora es la delicia del cochero, porque la azota hasta que el animal pateando se echa fuera de los tirantes, y sigue azotándola hasta que vuelve á entrar. Algunas de estas mulas son muy tercas. En una estacion ví una mula del tiro sentarse completamente y negarse á andar, hasta que el carruaje pasó sobre ella, sacándole los arneses por la cabeza y causándole hondas heridas con los fierros que sobresalen de los ejes, ántes que entrar al tiro. Se le puso un reemplazo, y la maldita mula se fué meneando la cabeza para gozar del dia de fiesta que tan bien habia ganado.

No llenaria yo mi deber para con Méjico si pasara en silencio á la produccion mas útil y cariñosa: el burro, compañero fiel y sirviente sufrido. Contemplad sus largas orejas en direccion horizontal con su larga y cabelluda cabeza: las mueve cuando las moscas y los insectos se introducen en ellas: las mueve con lentitud, pero de una manera solemne, miéntras que en todo su semblante se revela un silencio estóico que los golpes del arriero están bien léjos de perturbar. Sus cascos, sin herraduras, hacen poco mas ruido sobre el pavimento de piedra que los piés del gato, aunque lleve á cuestas una carga mas grande que él mismo. Por siglos y siglos este pequeño animal ha estado acarreando la leña desde los cerros, el agua de los rios, los productos de las tierras bajas, y las piedras de las minas. Enlace omnipresente de toda industria, se le ve conduciendo al mercado los efectos del montañés, con la mujer y una criatura encima, ó en recuas de noche cargado con todos los productos de la naturaleza ó la industria, buscando desde temprano el mercado, pues debe ser muy pobre el que no pueda tener un burro. Agobiado por el trabajo, mal alimentado, golpeado, pateado, y maldecido, permanece siempre sereno y estóico hasta lo último. Cuando se introdujeron los ferrocarriles levantó su voz para saludarlos y darles la bienvenida, creyendo que ya habian concluido sus trabajos. Pero ¡oh desgracia! el ingenio del hombre ha encontrado mas en que ocuparlo que ántes. Así fué que con profunda melancolía volvió á tomar su modo filosófico recibiendo con paciencia, dia á dia, el número de golpes preordenado para él, sin permitir que se perturbe su serenidad, ni dar un solo paso mas aprisa. ¡Dichoso burro!

Encontramos en el camino muchos carros de carga, de anchas ruedas, conduciendo mercancías, caminando en una direccion los productos nativos y en otra los extranjeros. Todos van cubiertos de lona blanca y tienen la apariencia de unas caleras puestas sobre ruedas. Cada carro va tirado por nueve ó doce mu-

las arreándolas unos mozos trigueños, dirigidos por el conductor de piel mas blanca, ó acaso del dueño del tren, montado á caballo con trajes vistosos.

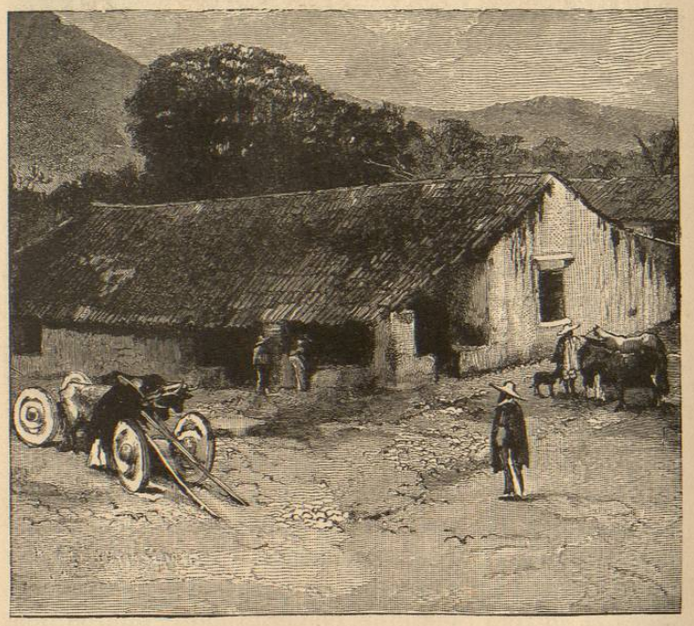
En el tráfico de acarreos, los arrieros ó conductores de mulas de carga desempeñan una funcion importante. Son gentes honradas que conducen las cargas de una ciudad á otra con escrupuloso cuidado. Debido al mal estado de los caminos y á las grandes barrancas, se emplean las mulas de carga todavía mas que los carros y carretones.

Arriero.

En años pasados todo el tráfico de carga se hacia casi exclusivamente en mulas, y á menudo se veian millares partir de la capital ó de algun puerto, cargadas para una expedicion de mil ó mil quinientas millas al interior. La conducta era el tren del tesoro que trasportaba el producto de las casas de moneda y el dinero de los comerciantes desde el interior á la capital, llevando con frecuencia desde medio millon hasta muchos millones de pesos acuñados ó en pasta. Estos trenes iban bien custodiados por tropa, y con ellos viajaban generalmente los comerciantes y sus familias de una poblacion á otra. Con la introduccion de ferrocarriles y compañías de express todo eso ha venido á ser una cosa del pasado; pero al desaparecer la costumbre, ha desaparecido tambien la prosperidad de muchas poblaciones del interior, cuya vida dependia del tráfico de esas caravanas. Mas en compensacion los ferrocarriles han levantado nuevas poblaciones y desarrollado nuevas industrias.

Las estaciones del camino entre las poblaciones son

generalmente las características haciendas que se encuentran á cada paso, y que consisten las mas veces en una gran casa habitacion de adobe, y otras mas pequeñas circunvaladas por una gran pared blanqueada; á veces solo en la pared y en las pequeñas habitaciones, teniendo cerca generalmente una laguna artificial, enlodada y alimentada por la lluvia y los desagües con una agua calichosa y de mal sabor, y tal vez un pozo ó noria, trabajada por una mula ó un



Estacion de Diligencia.

hombre; ó un jagüey ó estanque cuadrado de cal y canto, al que se introduce el agua por un conducto subterráneo. Algunas de estas haciendas tienen casas habitaciones que son verdaderos palacios, como por ejemplo la hacienda de Bocas, de los hermanos Farías, á once leguas de San Luis Potosí, que está valuada en medio millon de pesos, tiene seiscientos

habitantes, siembra mil fanegas de trigo y tres mil de maíz, y ha gastado en sus ensayos de pozos artesianos doscientos mil duros.

En la mesa central del norte el maíz es generalmente chico y está mal cultivado. En otras localidades el cultivo es mejor, encontrándose puntos muy bien trabajados y en estos los naturales presentan mejor apariencia. Casi siempre vemos, sin embargo, los primitivos arados de madera, tirados por bueyes á cuyos cuernos se afirma el yugo. Con una mano el peon tiene el arado en el que solo se encuentra una manija, miéntras que en la otra lleva un aguijon largo; este sistema se aplica tambien á los arados americanos que á gran prisa están reemplazando á los antiguos, pero todos prefieren los hechos con una

Jagüey ó Estanque de Agua.